

Debate

**“Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera”.
Las izquierdas argentinas de los sesenta al cambio de siglo**

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires

Yo sé que no puedo darte,
algo más que un par de promesas, no!
tics de la revolución
implacable rockanroll
y un par de sienes ardientes
que son todo el tesoro

–*Juguetes perdidos*, Patricio Rey y
los Redonditos de Ricota

La caída del Muro de Berlín y del mundo soviético avizoraba el final de una era para la izquierda mundial. Sin embargo, en la lejana Argentina, la lejana Unión Soviética se sentía muy lejos. Como si aquello que ocurría al otro lado del mundo no tuviera directa relación con las transformaciones económicas, políticas y culturales que arrasaban como huracán dejando a su paso un tendal de heridos. El consenso neoliberal en Argentina se construyó de un modo peculiar y se remonta a la propia dictadura militar, el verdadero trauma local que permite narrar la historia del epílogo

de un ciclo de imaginación revolucionaria cuyo pico máximo se alcanzó en los años setenta.

Este artículo reflexiona sobre las izquierdas partidarias de Argentina entre épocas: de la ilusión y la confianza de los setenta a la “resistencia” en el cambio de siglo. Uso el término “resistencia” y me pregunto si es correcto. Resistencia en el sentido de quien intenta sostener una posición con viento en contra y aun sabiendo que se encuentra en minoría. Entre un polo y otro se ubica la transición democrática. Un momento bisagra, en cual se solapan dos maneras de pensar, sentir y llevar adelante la militancia con sus repertorios de lucha: la de los sesenta y setenta y la de los ochenta. Utilizo la categoría “transición” en un sentido diferente de las acepciones dadas por la ciencia política (Lesgart 2003). Pienso la transición como un proceso de cambio social y cultural dinámico que afectó a la sociedad en su conjunto y que tuvo a la democracia (y a sus múltiples significados) como principal aspiración y/o significante clave. De este modo se dará mayor espacio a los procesos abiertos a partir de 1983 hasta el cambio de siglo, en desmedro de los años setenta, para los cuales existen numerosos estudios de referencia.

El propósito, entonces, es presentar de un modo panorámico las trayectorias políticas de cuatro partidos de izquierda: Partido Comunista Argentino (PCA), Partido Socialista de los Trabajadores-Movimiento al Socialismo (PST-MAS; Partido de los Trabajadores Socialistas PTS en los noventa), Política Obrera-Partido Obrero (PO) y Partido Comunista Revolucionario (PCR). De esta manera quedan también contenidas las principales corrientes dentro del marxismo leninismo: el comunismo pro-soviético, el trotskismo y el maoísmo. Dejo por fuera a las múltiples formaciones peronistas que se autopercebían de izquierda porque forman parte de un armado político mucho más complejo que las conecta directamente con los elencos gubernamentales y otros actores de relevancia como las dirigencias sindicales. También dejo por fuera a partidos que, como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), tuvieron peso en los setenta, y a las agrupaciones del marxismo autonomista que se expandieron en los años noventa, y a otras más pequeñas que actuaron a escala provincial o regional, sin proyección nacional. Sin embargo, reconozco que por encima de las enormes diferencias unía a toda esa militancia una “estructura de sentimiento” común cimentada en el antiimperialismo y en el clasismo

entendido como una consciencia respecto del derecho de la clase obrera a una vida digna, a una buena vida.¹

La hipótesis principal es que la izquierda marxista quedó atrapada por el proceso que significó participar de los consensos democráticos de los ochenta. Desde luego, la democracia significaba cosas diferentes para los distintos partidos del régimen político. Como veremos, las izquierdas entendieron la democracia como un escenario favorable para ejercer la libertad de expresión, desarrollar la participación política y acumular fuerzas a favor del socialismo. Señalaron los límites del capitalismo para el cumplimiento efectivo de los derechos humanos y plantearon la necesidad del socialismo como meta para la realización de una verdadera democracia. Sin embargo, esta posición fue esencialmente defensiva en la medida que el clima de época era contrario a las ideas revolucionarias, las cuales quedaron asociadas a la violencia política que culminó con el golpe militar. En ese marco, la denuncia de la incapacidad del capitalismo para cumplir y respetar los derechos humanos fue diluyendo la enunciación de una estrategia de poder. En los años setenta los debates respecto de cómo se tomaría el poder y el lugar de la violencia en la revolución habían formado parte inescindible de todas las organizaciones políticas. Aun cuando los partidos que tomo para este artículo rechazaban el método de la lucha armada, todos entendían que el enfrentamiento con la clase enemiga y el Estado era inevitable. Por esa razón, todos los partidos reflexionaron en torno de la violencia y la legitimidad de su uso como herramienta de autodefensa. En los ochenta, en cambio, en la medida de que los márgenes para la discusión sobre la violencia revolucionaria desaparecieron, emergió un hueco, un vacío que se llenó ambiguamente. Hacia el interior de cada partido, en sus documentos internos y debates congresales, la cuestión no era soslayada. Con matices, comprendían que la insurrección revolucionaria acaudillada por la clase obrera (y otras fracciones de clase sobre las cuales sí diferían) continuaba siendo el camino fundamental para la revolución. Sin embargo, hacia afuera se trataba de un debate difícil para dar con franqueza.

¹ Acompaño en este punto la tesis del historiador Pablo Pozzi para quien, en el caso argentino, “uno de los elementos más notables es la persistencia de una serie de elementos y percepciones contestatarios que generan ciertos problemas a la hegemonía de las clases dominantes y que son transmitidas a través de la tradición oral. En realidad, estos elementos conforman una cultura clasista, un ‘nosotros’ contra un ‘ellos’ que subyace tanto en las prácticas de movilización popular, como la permanente reconstrucción de organizaciones contestatarias, y una notable combatividad, todo a pesar de la represión constante ejercida desde el estado” (2020, 103).

De esta manera, las izquierdas constituyeron un elemento de presión para la democracia capitalista, pero en ningún caso un factor de desestabilización real. Los consensos democráticos de los ochenta obturaron la posibilidad de pensar la revolución. Mejor dicho, la revolución quedó reformulada a la medida de la democracia, mutilando un aspecto que había sido esencial en los debates políticos del marxismo a lo largo de todo el siglo XX: la insurrección como estrategia de poder. Y cuando las izquierdas no renunciaron a sus horizontes estratégicos pagaron el precio de la marginalidad. Esto puede verse en los magros resultados electorales, pero también a la resistencia de los propios movimientos sociales a reconocer el aporte de los partidos políticos más allá de la lucha por reivindicaciones concretas. De esta manera, las izquierdas partidarias, presentes en prácticamente todas las luchas reivindicativas de la época, quedaron marginadas de la política a gran escala.

Otro aspecto que interfirió con una mayor comprensión sobre la hondura del cambio de época fue la confianza de las izquierdas en que toda relación de fuerzas es transitoria y que la situación revolucionaria dirigida conscientemente por el partido puede acelerar los procesos. La creencia en la historia como cambio y en la praxis como variable clave para activar la transformación, contribuyeron con un subjetivismo que tendió a sobredimensionar las turbulencias sociales y a presentarlas como crisis terminales. La radicalidad de las revueltas sociales en contextos de crisis del régimen político, como ocurrió en 1989, en varias ocasiones en los años noventa y, otra vez, en 2001, podía ocultar fenómenos profundos como la internalización de los valores del capitalismo neoliberal entre los propios trabajadores. El deseo de consumo y de participar, en la escala que fuese, de la modernización que proponía el capitalismo de finales de siglo XX. ¿Podía hacerse otra cosa? Probablemente no. Los cambios en las subjetividades colectivas, la fisura en la “estructura de sentimiento” clasista, fue el reflejo de la victoria del capitalismo con la Constitución en la mano. Dicho con otras palabras, si los sujetos somos un atributo del capital, la democracia capitalista completó la tarea de desarme ideológico que inició la dictadura a punta de fusil. Lo audible, lo considerado aceptable, deseable y amable también son cuestiones históricas y las izquierdas quedaron atrapadas en su propio fin de ciclo cuyo acto final a nivel mundial fueron las piedras pulverizadas del muro de Berlín.

De los setenta revolucionarios a los ochenta democráticos

Los partidos de izquierda marxistas-leninistas de los años setenta registraron un crecimiento notable en sus filas, tal como ocurría en la mayoría de las izquierdas

(marxistas y peronistas) de la época. La Revolución Cubana, China y los cuestionamientos a la URSS fueron el semillero de una “Nueva Izquierda” que debatía programas, estrategias y tácticas en todas partes del mundo (Mangiantini, Pis Diez & Friedemann 2021). Como fenómeno generacional, las militancias revolucionarias fueron partícipes de una certeza común: la revolución no solamente era necesaria, también era posible. Y construyeron también otros consensos: por ejemplo, sostenían que frente a la ilegitimidad de un régimen capitalista basado en la explotación y el autoritarismo correspondía construir la dictadura del proletariado, es decir, la democracia obrera y socialista.² Para el PCA el camino era la revolución por etapas y la construcción de un Frente Democrático Nacional (FDN) que cumpliera primero con las tareas de la revolución democrática para luego plantearse las propiamente socialistas (Casola 2015). Para el maoísmo el camino también era la revolución por etapas, democrática, agraria, antiimperialista y antimonopolista, primero, en vías al socialismo. El maoísmo incorporaba de la experiencia china, el papel del campesinado y otras clases subordinadas que se sumaban a la clase obrera urbana, pero la principal diferencia con el PCA estaba en la caracterización de la Unión Soviética como socialimperialismo. En consecuencia, si el imperialismo era el “enemigo principal”, el epíteto cabía tanto para Estados Unidos y sus socios, como para los soviéticos. Esto transformaba al PCA en socio de uno de los imperialismos, razón por la cual, a pesar de las muchas similitudes que compartían, militaron en veredas enfrentadas (Rupar 2023). Para el trotskismo, en cambio, la estrategia era la revolución permanente: la insurrección acaudillada por la clase obrera cumpliría en un mismo movimiento ininterrumpido con las tareas democráticas y socialistas (Camarero y Mangiantini 2024). Todas estas corrientes compartían la idea internacionalista, aunque diferían respecto del papel que le asignaban. No obstante, subyacía la idea de la necesidad de la revolución mundial. Los debates sobre la letra chica fueron centrales en los años sesenta y setenta. En cada una de las palabras se jugaban cuestiones que eran vivenciadas como grietas profundas que definían un “nosotros” respecto de un “otro”. En aquel contexto tan politizado, los debates teóricos eran considerados necesarios y superables en la experiencia concreta de la revolución. Otro aspecto central que compartían era el lugar asignado al partido. En este punto los cuatro seguían la teoría leninista sintetizada en el *¿Qué hacer?* La necesidad de construir “El

² No me interesa debatir cuán realista era pensar que la revolución estaba cerca. Sí busco remarcar que las militancias estaban convencidas de que era un acontecimiento que iba a suceder.

Partido” de cuadros profesionales, de combate y organizado de acuerdo con las reglas del centralismo democrático para conformar la vanguardia revolucionaria y dirigir a las masas cuando llegara el momento indicado. Por esa razón, el ingreso al partido era una cuestión considerada muy seriamente.

En las últimas décadas una parte de la historiografía sobre los setenta tendió a describir los procesos de disciplina interna en términos peyorativos y reñidos con las libertades personales. Es indudable que existía una tensión de origen, difícil de resolver. Sin embargo, debe insistirse en el marco teórico que respaldaba tales prácticas, y en el contexto de represión que lo confirmaba. Los golpes de Estado, la proscripción al peronismo, las leyes anticomunistas que caracterizaron a los años sesenta y setenta obliteraban la posibilidad de una militancia de izquierda completamente abierta. En la mayoría de los partidos, la incorporación a la militancia primero ocurría en el marco de las organizaciones juveniles, si consideramos que en los sesenta la inmensa mayoría no superaba los veinticinco años. El ingreso al partido recién se producía cuando se ingresaba a trabajar en fábrica, un elemento central para valorar el aporte que un/a militante podía hacer a la organización. Más allá del dogmatismo que se desprendía de esta visión, interesa analizar el proceso de incorporación como un elemento central en los armados políticos de las izquierdas que involucraba aspectos ligados a la construcción de pertenencia, pero también a cuestiones de seguridad. El pasaje al partido era vivenciado como un reconocimiento, una recompensa a la militancia. La convicción en la revolución fue un rasgo de la época que unió a esa generación de jóvenes que se incorporaban a la política, sin importar a qué organización.

De los cuatro partidos que se analizan, el único que podía reivindicar una trayectoria larga era el PCA. Para los años sesenta contaba con cuarenta años de historia y varias generaciones de militantes. El lugar de la familia comunista en el trasvasamiento generacional era central y se producía con mucha naturalidad. Comenzaba a una edad temprana y tenía como instancia ritual formal la entrega del carné partidario. Aunque en los años sesenta se produjeron numerosas rupturas en el partido, fueron muchos quienes decidieron permanecer en sus filas. El prestigio de la URSS y de su aparato internacional tenía un peso material y simbólico que lo hacía un partido distinto a los demás. El PCA contaba con una épica propia que se traducía en locales, bibliotecas, conexiones con un amplio mundo de intelectuales y artistas, festivales, editoriales e incluso la posibilidad de formarse en el exterior con becas otorgadas por la URSS.

Durante los setenta, las caracterizaciones políticas de cada uno de estos partidos difirieron en numerosas cuestiones. Sin embargo, la centralidad otorgada a la lucha en el seno de la clase obrera, la hipótesis insurreccional y la crítica a la lucha armada (al menos como la concibieron las principales organizaciones político-militares) fueron aspectos comunes que los ubican en un mismo campo de lucha y permite explicar, en buena medida, su supervivencia durante la dictadura militar.

La dictadura militar de 1976 infringió un golpe duro y decisivo para las izquierdas. Las organizaciones armadas fueron prácticamente aniquiladas y miles de activistas obreros, estudiantiles e intelectuales sufrieron la cárcel política, partieron al exilio, al insilio, entre otras modalidades represivas. Los partidos políticos de la izquierda también sufrieron los embates represivos. No obstante, el repliegue y la clandestinidad de su militancia les permitió sortear mejor el contexto y participar en los movimientos sociales que enfrentaron a la dictadura desde sus demandas específicas. Las izquierdas estuvieron presentes en los organismos de derechos humanos, en las luchas obreras, en las universidades y los movimientos territoriales que se alzaron en el final de la dictadura. Quizás, por esa razón, no elaboraron este momento como una derrota histórica.

Entre la revolución y la democracia

Hacia el final de la dictadura militar ninguno de los partidos de izquierda compartía la idea de que habían sido derrotados. Por el contrario, encararon el periodo de apertura política con entusiasmo y, a su modo, participaron de los consensos democráticos de la época. La lucha por conseguir la legalidad partidaria implicaba la movilización de los militantes en todo el país para juntar firmas, poner en pie candidaturas y construir una base de actividad a lo largo y ancho del territorio. Los años 1982 y 1983 fueron vertiginosos en actividad. Realizaron sus congresos para definir línea política y se enfrentaron al desafío que suponía encontrar el tono de época. ¿Cómo caracterizar el final de la dictadura? ¿Qué esperar de la democracia?

De igual modo, el reverdecer del movimiento obrero, el alza de las luchas en establecimientos fabriles importantes, las normalizaciones en los sindicatos, el malestar social generado por el plan económico, la inflación y el crecimiento de los índices de pobreza, parecía corroborar la lectura del reinicio de un nuevo ciclo en la lucha de clases (Molinari 2024). También la actividad del movimiento de derechos humanos y la exigencia de juicio y castigo fueron interpretadas con el mismo tono.

En el caso del PCA, 1982 constituyó un año de mucha actividad. El punto de partida fue el acto organizado el 3 de septiembre en el Luna Park y el XV Congreso partidario que definió la línea del “perocomunismo”. El apoyo a la candidatura presidencial del peronismo, Ítalo Lúder-Herminio Iglesias, y el retiro de sus propios candidatos fue duramente criticado en los años siguientes por la militancia más joven, en el marco de un proceso de revisión política general y reestructuración de la dirección partidaria que desembocó en el “viraje” del XVI Congreso, formalizado en noviembre de 1986. Ese proceso de revisión política integral estuvo liderado por el sector de la Federación Juvenil Comunista (FJC o “la Fede”) encabezado por Patricio Echegaray (Casola 2020). La pertenencia a una generación más joven, que había detentado en el pasado niveles de responsabilidad menores en la escala partidaria, podía ser mostrada como una credencial adecuada para aspirar al título de “renovador”. Se trataba de qué niveles de poder y, por tanto, de responsabilidad, había tenido cada quién frente a coyunturas sensibles, en especial, a partir de 1976 cuando el partido lanzó la línea de “convergencia cívico militar”. Hasta la realización del XVI Congreso el humor militante estaba atravesado por un profundo optimismo. En octubre de 1984 aparecieron los primeros gestos explícitos: la conformación de las “brigadas del café” para realizar tareas solidarias en Nicaragua y el ingreso del Che en la liturgia oficial (Fernández Hellmund 2015). La nueva radicalidad con la que los comunistas ingresaban en la etapa carecía de profundidad teórica, pero era muy expresiva en su estética y en el tipo de actividad que proponían (Bona 2021). La proliferación de retratos del Che, de Evita y una actitud mucho más desenfadada hacia las novedades de la juventud venía a reemplazar el viejo estilo de militancia, identificada como pacata, excesivamente pro-soviética y conservadora. Si tuviera que elegir una imagen para retratar esa nueva actitud, elegiría un afiche propagandístico de las brigadas de café en el que se ve a una mujer joven, portando un arma en la espalda, vestida en forma sencilla, con el pelo suelto, muy sonriente y amamantando a su bebé. La juventud como portadora de la renovación; la feminidad como símbolo del desafío al orden militar burgués reservado exclusivamente para los varones; el amamantamiento como reafirmación del ideal de “mujer nueva”, una que compatibilizaba los roles maternos con los deberes del combate revolucionario; la sonrisa, la alegría del combate (*Aquí y ahora la juventud*, 1985). En suma, las armas de la revolución para construir al hombre y la mujer nueva condensaron una propuesta original. Se trataba de la búsqueda de una nueva identidad que tuviera la capacidad de recuperar elementos propios de la tradición partidaria con otros nuevos, en sintonía

con lo que ocurría en todo el mundo comunista incluyendo el soviético que, por entonces, proponía la *glásnost* y la *perestroika*.

Si entre 1983 y 1985 los materiales del partido todavía colocaban expectativas en la democracia y su capacidad para transformar la realidad, a partir del XVI Congreso la caracterización comenzó a mostrar cambios. El PCA consideraba que en la Argentina se había impuesto un modelo de democracia restringida, expresada en el bipartidismo con tutela militar. De acuerdo con esta nueva lectura, el imperialismo apuntaba a los conflictos de baja intensidad. Se trataba de un cambio importante, porque se reconocía que el imperialismo norteamericano estaba interesado en la estabilización de la democracia y, a diferencia de lo que había ocurrido en el pasado, la utilizaba como puntal de la contrarrevolución. Sin embargo, el PCA visualizaba en los planteos militares un factor de posible desestabilización política. Por esa razón, participó también de la idea de que había que defender la democracia. El fantasma de la democracia en peligro era constantemente agitado por el gobierno para mostrar debilidad y justificar sus propias limitaciones. El PCA osciló entre mostrar comprensión y denunciar las intenciones del gobierno de limitar el modelo de justicia.

La militancia revisionista que dirigió el partido durante esos años era crítica de la concepción histórica de Frente Democrático Nacional, del etapismo y del modo en que el partido había construido alianzas durante las décadas previas.³ Sin embargo, el giro hacia las izquierdas se formulaba en un sentido que no difería demasiado del pasado que criticaban. El Frente de Liberación Nacional y Social (FLNS) proponía un distanciamiento de los partidos gobernantes y una alianza con las izquierdas, incluyendo a los sectores peronistas que se reivindicaran como tales, pero dejaba sin definir de qué modo ese FLNS llevaría adelante la toma del poder.

La crítica del proceso revolucionario como una lucha por la dirección, los llevaba a diluir el problema en la mera proposición de una alianza amplia. En el periodo que siguió a la realización del XVI Congreso, el PCA quedó atrapado en su propio laberinto teórico. Se formaron tendencias de facto que hacia el final de la década terminarían por irse del partido.

El PST, por su parte, en 1982 debió renombrarse como MAS porque la lucha por la legalidad partidaria se produjo sin que los decretos de proscripción perdieran vigencia. Desde finales de ese año se desarrolló un intenso proceso de

³ El Frente Democrático Nacional fue la expresión local de la política de Frente Popular definida por el comunismo internacional desde 1935.

reestructuración partidaria sobre un esquema basado en el territorio. Para ello se abrieron centenas de nuevos locales en todo el país que debían acompañar el proceso de apertura y democratización de la vida política. Para Nahuel Moreno la derrota de Malvinas había desencadenado el “final” de la dictadura y el inicio de un proceso de pérdida de temor y participación popular que, en su visión, propició una “revolución democrática” (Moreno 1983). Es decir que, en esta lectura, la dictadura no había derrotado a los proyectos de transformación social y además había gestado en sus entrañas la apertura de un nuevo ciclo potencialmente revolucionario.

En sus escritos Moreno insiste en que los dos grandes aportes y aciertos de Trotsky consistían en haber señalado que las tareas socialistas comenzaban en la propia revolución democrática y haber demostrado el carácter necesariamente mundial de la revolución. De no producirse esa transformación, la revolución devendría en contrarrevolución. Este análisis adaptado a la situación argentina, lo llevó a interpretar los procesos de lucha emprendidos luego de Malvinas como una revolución democrática en marcha y, al mismo tiempo, esperar que la contrarrevolución no operase a través de las Fuerzas Armadas, sino a través de los propios partidos de la burguesía que serían los encargados de reconstituir las bases de dominación en la nueva etapa. De allí se desprendía la necesidad de una militancia abierta, que hiciera uso de las libertades democráticas para construir un polo socialista, denunciara los planes de estabilización política de la Multipartidaria⁴ y bregara por una Asamblea Constituyente. Esa nueva disposición subjetiva de la población le daba al partido la oportunidad de capitalizarla y construir una poderosa corriente socialista de masas incluyendo a sectores del viejo tronco socialista que buscaban una salida a la situación.

La territorialización de la militancia no estaba dirigida únicamente a los vecinos. Los locales, funcionaban como nodos desde los cuales se abordaba la actividad sindical y estudiantil. Por esa razón, si bien la historiadora Florencia Osuna (2015) ha señalado que a diferencia del PST, el MAS articuló un discurso menos centrado en la clase obrera y que interpelaba al pueblo en su conjunto se trató de un cambio que no debiera exagerarse. Para el MAS la inserción entre la clase obrera continuó siendo clave en detrimento de otros espacios de lucha. Su mayor influencia se concentraba en el Gran Buenos Aires, pero tenía presencia sindical en todo el país.

⁴ Fue una coordinación de partidos políticos formada en 1981 para dialogar con la Junta Militar y establecer los términos de una transición ordenada.

La propuesta de construir un polo socialista quedaba resumida en la consigna “Ni hambre radical, ni burocracia sindical” (*Solidaridad Socialista*, 1984). La delimitación respecto del radicalismo y del peronismo, cuya crisis fue leída como terminal, debía compensarse con el llamado a los sectores revolucionarios de la base peronista a integrar una propuesta de unidad con la izquierda. “No somos sectarios, queremos la más amplia unidad”. Esta idea orientó el intento de conformar un frente electoral junto con el PCA y sectores del PS en el Frente del Pueblo (FREPU). En 1988, se unieron al Frente Amplio de Liberación (FRAL) también con el PCA, al que se sumaba el Partido Intransigente (PI) y el Partido Humanista (PH). El objetivo era presentar una lista unificada de la izquierda de cara a las elecciones presidenciales y legislativas de 1989. El frente resultante, Izquierda Unida (IU), logró 400.000 votos a nivel nacional y una banca de diputado en el Congreso Nacional que fue ocupada por Luis Zamora. Esta política tuvo un efecto inicialmente positivo dado que la militancia creció exponencialmente. Sin embargo, las ambigüedades que suscitaba la línea política originaron una primera ruptura en el MAS que dio origen en 1988 al Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS), una de las formaciones de izquierda más importantes hasta la actualidad. La crítica principal del PTS consistía precisamente en señalar el giro socialdemócrata del MAS. Para el PTS, “la ‘revolución democrática triunfante’ de Moreno desvirtuaba la idea de ‘revolución’ ya que ésta se limitaba no sólo a un cambio de régimen, sino que la principal conquista se daba en el terreno de la democracia formal ya que están completamente ubicados desde la perspectiva electoral, como ‘pata izquierda’ de la democracia burguesa” (Liszt 2006).

En 1991 El MAS volvió a dividirse en el marco de una honda crisis y se formaron varias agrupaciones más pequeñas. En 1992 se formó el Movimiento Socialista de Trabajadores (MST) que durante los noventa concentró a buena parte de la militancia de izquierda. En 1997 junto con el PCA volvieron a formar la alianza Izquierda Unida logrando ubicarse como la principal referencia electoral de la izquierda.

Por su parte, Política Obrera realizó en diciembre de 1982 su tercer congreso, todavía en la clandestinidad. Allí votaron pelear por la legalización electoral bajo el nombre de Partido Obrero. En 1983 participaron de las elecciones nacionales con una candidatura propia encabezada por el dirigente obrero Gregorio “Goyo” Flores y Catalina Guagnini, una reconocida activista del organismo de derechos humanos Familiares de Detenidos Desaparecidos por Razones Políticas. En diciembre de ese año realizaron una Conferencia nacional para “armar al partido para la lucha”. En

dicha Conferencia caracterizaron, como luego lo harían el MAS y el PCA, que “el régimen democratizante era un agente del gran capital” (Resoluciones de la Conferencia Nacional, 1983, 7) y pronosticaron que el gobierno de Alfonsín no iba a dismantelar el aparato represivo y militarista ni a resarcir las conquistas obreras, sino a llevar adelante por otros medios la política proimperialista que la dictadura no había logrado completar. Sin embargo, polemizaban con el resto de la izquierda respecto de cuál era la mejor táctica para acercarse a los trabajadores que aún mantenían ilusiones en el régimen democrático y sus partidos políticos, la UCR y el PJ.

La táctica adecuada no es la de presionar a un régimen que se opone por el vértice a todas las aspiraciones políticas y sociales de los trabajadores y la ciudadanía democrática. [...] diferencia de todos los otros partidos de la izquierda el Partido Obrero no pugna por “corregir” la línea del gobierno, ni le da un “apoyo crítico”. Se trata de un gobierno incorregible, ya que sus intereses de clase son los de los explotadores. El Partido Obrero somete a una crítica implacable al gobierno nacional y educa por medio de esta crítica a los trabajadores para que rompan con la burguesía y formen un partido obrero. (“Resoluciones de la Conferencia Nacional”, 1983, 5)

De acuerdo con el PO la característica fundamental de la clase obrera argentina era su falta de independencia política. Era esa la causa fundamental de sus derrotas. Por esa razón, PO sostenía la necesidad de construir un partido de trabajadores que se delimitara de las otras clases y de sus representaciones políticas, en especial del peronismo. En su visión, prolongar las ilusiones de la clase obrera en la capacidad del peronismo o de alguna de sus fracciones para generar transformaciones revolucionarias colocaba a la izquierda como su furgón de cola: “el santo y seña y de esta izquierda es el planteo de ‘liberación o dependencia’, el cual no hace más que traducir su propia dependencia del nacionalismo burgués” convirtiéndose en un ala política “democratizante” del mismo Estado capitalista” (Altamira 1989, 3).

En consecuencia, durante estos años, bregó sin éxito por la conformación de frentes electorales con el MAS y el PCA. También en los sindicatos intentó cerrar estos acuerdos, muchas veces trabados por diferencias sobre cómo interpelar a la base peronista y sus representaciones. A diferencia del PCA y del MAS, durante los años ochenta, el PO no logró crecer sustantivamente. Sin embargo, enviaron militantes a desarrollar un trabajo político en varias provincias y con tiempo estabilizaron círculos partidarios. Si bien la organización de partido era territorial, no priorizaban las tareas barriales, sino las sindicales y estudiantiles.

Hacia finales de los ochenta el PO era caracterizado por los medios y el propio gobierno como parte de una izquierda dura. Tal es así que, en el contexto de los saqueos a supermercados durante el otoño de 1989, Alfonsín sancionó el Estado de Sitio y detuvo a nueve de sus militantes, seis de los cuales pertenecían al Comité Central. El miércoles 8 de junio de 1989, fueron allanados todos los locales del PO en Capital y Gran Buenos Aires. Una delegación compuesta por Jorge Altamira, Christian Rath y Juan Carlos Capurro se presentó en la Casa Rosada para denunciar los hechos. Allí fueron detenidos, sin orden de arresto. Más tarde, fueron detenidos en el local central de Capital Federal, Catalina Guagnini, Gregorio Flores y Pablo Rieznik (*Prensa Obrera*, 2009). Se los acusaba de estar detrás de la organización de los saqueos. Aunque pronto quedó demostrado que se trataba de una acusación falsa, su sola formulación era representativa del lugar que el gobierno le asignaba a la izquierda de la época. Desde luego, la estigmatización de las izquierdas también era funcional al PJ y al propio Menem que un mes más tarde tomó la presidencia en forma anticipada.

Finalmente, el PCR en 1982 bregó por la obtener la legalidad como Partido del Trabajo y el Pueblo (PTP). En su IV Congreso de 1984 caracterizó al gobierno de Alfonsín como:

una democracia recortada, custodiada por gran parte de las leyes de la dictadura y por lo fundamental del aparato estatal (tanto judicial como el burocrático y represivo) que se ha mantenido intacto. Todo esto perfeccionado si se quiere, con nuevas leyes de “defensa de la democracia”, cuerpos especiales de represión organizados desde 1984 en adelante, y un reforzamiento y modernización de los servicios de inteligencia. (“Documentos del 4º Congreso”, 1984)

En este aspecto el PCR coincidía con el resto de los partidos de izquierda. Sin embargo, se diferenciaba cuando lo caracterizaba como heterogéneo en su composición de clase: “pero en él predominan los representantes de intereses terratenientes, de la gran burguesía intermediaria y del imperialismo, especialmente los vinculados al socialimperialismo ruso”. Esta lectura los llevó a definir como línea: “que el centro de nuestro ataque es contra los enemigos estratégicos de la revolución: los imperialismos, los terratenientes y la gran burguesía intermediaria [...] y golpeamos o no al gobierno radical y los gobiernos locales según sea su posición concreta ante esos enemigos” (“Documentos del 5º Congreso”, 1987, 35). La distinción entre el “enemigo principal” y los secundarios, predisponía al PCR a trenzar acuerdos con radicales, peronistas u otros según cada lugar, contexto y relación de fuerzas. En la medida que su estrategia inicial era etapista, consideraban inevitable el frente

patriótico, antiimperialista, de características policlasistas. Fue este accionar histórico que buscaba respaldar el desarrollo de la burguesía nacional y de los sectores nacionalistas “patrióticos” lo que los llevó a realizar lecturas que explican el apoyo a los militares nacionalistas que se levantaron contra Alfonsín, Aldo Rico y Mohamed Seineldín (*Hoy*, 2010).

Durante estos años el PTP/PCR tuvo serios inconvenientes para presentarse a elecciones. Recién en noviembre de 1985 se presentaron como PTP en algunas provincias como Jujuy, San Juan y La Pampa, lo cual expresaba un trabajo de desarrollo partidario previo. Por esa razón, salvo excepciones, el PCR llamó a votar en blanco. Aunque valoraba el parlamentarismo como una tribuna de lucha más, sus esfuerzos no estaban concentrados en esa actividad. En cambio, la definición del gran capital extranjero como “enemigo principal” los llevó a fijar como meta desarrollar el partido en las cincuenta empresas principales del país. Los esfuerzos por trabar relaciones con la burguesía nacional los condujo a respaldar la candidatura de Carlos Menem en 1989 a quien veían como representante de ésta.

[... N]uestra participación en el FREJUPO fue el resultado de nuestra lucha contra el alfonsinismo, en las condiciones concretas en que se hizo, y de nuestra convicción de la necesidad de unirnos con las grandes masas obreras y populares del peronismo para poder llevar al triunfo la lucha revolucionaria en la Argentina. Toda nuestra línea política ha estado basada en la tesis leninista que no se podrá ganar a esas masas “con la teoría, necesitan de la experiencia”. (*Documentos del PCR*, 2010)

El paso del tiempo y la implementación de las políticas neoliberales por parte de Menem los llevó a calificar a Menem como “traidor”. Sin embargo, el PCR siguió reivindicando la decisión de esa coyuntura que le permitió crecer numéricamente como partido y desarrollarse en territorios donde no tenían presencia.

Los derechos humanos y la violencia

En el contexto de los años ochenta la democracia y los derechos humanos funcionaron como vocabulario común a todo el arco político. Fungieron como horizonte de consenso para sortear la amenaza de nuevos golpes de Estado, pero también para tomar distancia de las propuestas de revolución. El Nunca Más, no significaba solamente poner fin al ciclo de las dictaduras militares, sino también a la violencia política que había sido parte de los repertorios de lucha en las décadas anteriores. En consecuencia, la democracia y los derechos humanos fueron categorías que funcionaron en distintas escalas como un lugar de encuentro donde converger en

el final de la Guerra Fría y que sembró el terreno tanto para el triunfo del capitalismo a nivel global, como para sus expresiones de resistencia.

En la escala local, ese fenómeno se percibió de tal manera que todos los partidos políticos a partir de 1983 debieron adaptar sus discursos a ese consenso democrático. Entonces, la democracia, funcionó como proyecto deseable, pero también como un límite a la transformación. La democracia era capitalista por defecto, porque la democracia a secas ya cancelaba en sí la posibilidad de un modelo alternativo cuyo desenvolvimiento requería dosis de enfrentamientos y violencias para las cuales ya no existían márgenes. La opinión pública construida durante esos años al amparo de la “teoría de los dos demonios” era condenatoria de la violencia en sí. De esta manera se cancelaban los argumentos que permiten comprender el papel que ésta cumple en la sociedad. Luego de la dictadura militar y su tendal de muertes, se extendió y ganó consenso la idea de que el desarrollo de una democracia debía aislar cualquier planteo de violencia ejercida en nombre de la razón política. Erigidos sobre argumentos vinculados a modelos universales sostenidos sobre una ética de la vida como principio estructurador de la sociedad, en estos enfoques se excluía la posibilidad de pensar la violencia política en su realidad concreta y contextualizada.

Las izquierdas marxistas no escaparon a la regla y, a su modo, lidiaron con la contradicción que suponía sostener programas revolucionarios que no claudicaran del horizonte socialista y, a la vez, participar del consenso democrático y de los horizontes de derechos humanos como reglas de una convivencia universal o pacto social.⁵ De esta manera, fueron exitosas en la denuncia de la violencia institucional, pero debieron lidiar con la tensión para explicar su propio ejercicio de la violencia, aunque esta fuera accionada en defensa propia, de los trabajadores, de los derechos humanos vulnerados o de la democracia misma. Es decir, para explicar que en determinadas circunstancias la violencia era, no deseable, pero sí inevitable.

En general, las izquierdas de los ochenta compartían que la dictadura había sido exitosa en la implantación de un nuevo modelo de acumulación, pero no había conseguido derrotar a la clase obrera. Leyeron la activación de la participación política en diversos ámbitos en términos de confirmación de sus pronósticos y de la posibilidad de desencadenar un nuevo “ascenso de masas”.⁶ Sin embargo, como

⁵ Las ciencias sociales interpretaron este proceso como desplazamiento de las militancias revolucionarias a las humanitarias.

⁶ Usamos la expresión ascenso de masas como era utilizado en la propia jerga de izquierda.

demuestra Leandro Molinaro en su tesis doctoral sobre las izquierdas en el movimiento obrero de aquellos años, los consensos democráticos modificaron los repertorios de lucha de la clase obrera. Las prácticas de tomas de edificio con rehenes, que habían sido características de los años setenta, fueron abandonadas por antidemocráticas y hasta la propia ocupación de los establecimientos decayó en los apoyos. De alguna manera, la izquierda se encontró con nuevas dificultades para no quedar ubicada del lado “extremista” de la contienda ideológica. El alfonsinismo, por su parte, apeló al recurso de su “debilidad”, que los levantamientos militares parecían confirmar, para atacar a las izquierdas y acusarlas de golpistas.

“Democracia con justicia social”, “verdadera democracia” para que gobiernen “los de abajo”⁷ fueron las fórmulas empleadas por los partidos de izquierda para participar del consenso democrático y a la vez delimitarse de los partidos capitalistas. Sin embargo, no quedaba claro cuál sería el camino para ello ni cuáles eran las fronteras que los separaban de la democracia a secas. Si bien existía un cierto acuerdo en aprovechar las condiciones de lucha que habilitaba la democracia como un momento de “acumulación de fuerzas”, el contexto de reacomodamiento político y de fin de ciclo para las izquierdas en el mundo, operó en contra la formación de un bloque de izquierda más allá de lo electoral.

En el plano del movimiento de derechos humanos las izquierdas también participaron con diferencias. El PCA colaboró desde el inicio con las iniciativas oficiales en materia de investigación y justicia a través de los organismos en los cuales tenía mayor participación: la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) y especialmente la Liga Argentina por los Derechos Humanos (LADH). El MAS, PO y el PCR fueron más críticos del diseño alfonsinista. Señalaron que tenía el objetivo de limitar la justicia a las cúpulas traicionando la demanda social de juicio y castigo a todos los culpables. Se alinearon con organismos como Familiares y Madres de Plaza de Mayo que fueron quienes sostuvieron la línea más crítica al gobierno. En el caso del MAS también participó en el CELS donde desarrolló una labor a través de los abogados Marcelo Parrilli y Luis Zamora, uno de los voceros públicos del partido más reconocido. Hacia el final del gobierno de Alfonsín y el inicio del de Menem todos coincidieron en las luchas contra las leyes de impunidad.

⁷ Esta por ejemplo fue la fórmula utilizada por el Frente del Pueblo, el FREPU, la alianza electoral que conformaron el PCA y el MAS.

Los levantamientos carapintadas también pusieron a prueba a las izquierdas que oscilaron entre el alineamiento con el gobierno en “defensa del orden constitucional” y la denuncia sobre las negociaciones que se tejían para frenar los juicios y obtener la impunidad por los crímenes de la dictadura. Esa propia oscilación explica que el PCA llegara al extremo de ofrecer al gobierno de Alfonsín aportar sus propios grupos de armados para entrar en acción frente a la posibilidad de un golpe de Estado. En cambio, PO leyó el proceso de esos años como parte de una maniobra a la que el propio alfonsinismo se prestaba con el objetivo de limitar y desarmar su propia política de justicia y conseguir la impunidad para los represores.

La caracterización de la democracia como un proceso de estabilización política incapaz de dismantelar el aparato represivo alinearon al PO y al MAS con los sectores más radicales del movimiento de derechos humanos (Familiares y Madres). Frente al alzamiento de Aldo Rico en la Semana Santa de 1987, se negaron a firmar el Acta Democrática impulsada por la mayoría de los partidos políticos y denunciaron que se trataba de un llamado a la “reconciliación con los genocidas” (*Solidaridad Socialista*, 1987). Sin embargo, la posición que rechazaba la caracterización del alfonsinismo como un gobierno débil o amenazado por el golpismo iba a contramano del clima del momento (y la experiencia histórica) que validaba el temor a un nuevo golpe de Estado. El PCR, en cambio, caracterizaba que sí era posible un nuevo golpe de Estado, pero distinguía entre facciones militares. A pesar de las diferencias, todos los partidos de la izquierda valoraban que era necesaria la lucha por las libertades democráticas, como un fin en sí mismo y también como un medio para la lucha por los objetivos de corto y mediano plazo.

En suma, el gobierno de Alfonsín es habitualmente reconocido por la justicia transicional implementada y el modelo de limitación de las responsabilidades a las Juntas Militares como vía para sortear las presiones castrenses. En menor medida se subraya la continuidad de los consensos antisubversivos en democracia. En esos años, las acciones de algunos organismos del movimiento de derechos humanos, determinados conflictos obreros y la actividad de los partidos de izquierda fueron fustigadas y presentadas a la opinión pública como factores desestabilizantes equivalentes a las sediciones militares. La búsqueda del “justo medio” tendía a buscar la estigmatización de las luchas y la criminalización de sus expresiones más combativas. Hacia el final de los ochenta, en medio de la crisis económica y política, esta campaña contra las izquierdas se agudizó. Uno de los hechos más dramáticos producidos en aquellos años fue la respuesta oficial al copamiento del cuartel de La

Tablada por parte del Movimiento Todos por la Patria,⁸ quienes, paradójicamente, montaron una escena para impedir un nuevo golpe de Estado y en defensa de la democracia. Como resultado fueron veintinueve los muertos y desaparecidos del MTP; nueve prisioneros fueron asesinados tras su detención y tres permanecen desaparecidos. Al día siguiente de los hechos, Alfonsín constituyó un Consejo Nacional de Seguridad “para analizar el rebrote subversivo registrado con el ataque al regimiento de La Tablada” (*La Nación*, 31 de enero de 1989). El mismo estaba compuesto además de los Ministros de seguridad, interior y exterior, por el Jefe del Estado Mayor Conjunto, los Jefes de Estado de las tres Armas y la SIDE. El protagonismo dado a las Fuerzas Armadas rehabilitó por un breve tiempo la idea avanzar sobre las izquierdas. *La Prensa* del 5 de febrero escribía: “Las Fuerzas Armadas fueron denostadas, perseguidas, injuriadas durante cinco años desde el gobierno y desde la mayor parte de los medios de comunicación infiltrados por la izquierda. [...] ¿Cuál fue el resultado? La sorpresa de La Tablada. El horror” (*La Prensa*, 5 de febrero de 1989).

De esta manera las izquierdas en su conjunto volvían a quedar en el centro de la opinión pública y los partidos tuvieron que enfrentar el dilema de desmarcarse de las acciones de MTP sin avalar la cacería represiva desatada por el gobierno.

El clima de época atravesado por la caída del Muro y el desplome sin solución del mundo soviético constituyeron un golpe enorme para el conjunto de la izquierda revolucionaria en el mundo, incluso para aquella que era crítica del socialismo soviético. Si bien las esquirlas cayeron primero sobre el PCA, las izquierdas críticas del modelo soviético como el trotskismo y el maoísmo también fueron golpeadas por el final de una era.

El cadáver insepulto. El peronismo

La pervivencia del peronismo como fenómeno histórico, sus constantes adaptaciones y su capacidad para reinventarse en cada contexto constituyó un obstáculo para el desarrollo de la izquierda marxista, independiente. Se trata de un fenómeno histórico de largo plazo que se remonta al propio surgimiento del peronismo y que se expresó de distintas formas en cada contexto. Para las izquierdas

⁸ El Movimiento Todos por la Patria (MTP) fue gestado en el exilio nicaragüense, en plena revolución sandinista en la cual Gorriarán Merlo (ex PRT) había tomado parte importante.

partidarias el dilema consistía en cómo interpelar a una clase obrera que se identificaba mayoritariamente con el peronismo.

En el PCA, la interpretación del peronismo siguió siendo problemática. Por un lado, en el contexto renovador del XVI Congreso, la caracterización sobre los elencos peronistas perdía la ambigüedad que había tenido en el pasado y se afirmaba que:

[...] en la dirección del Partido Justicialista se ha consolidado la influencia de la burguesía monopolista, como fracción hegemónica, secundada por personeros del viejo peronismo y la burocracia sindical. [...] Se trata, por otra parte, de un partido del sistema. Eso está claro. Pero, la base, a diferencia del radicalismo, está constituida por la clase obrera y los sectores más humildes, cuyos reclamos pueden llegar a perturbar el programa de modernización. (“Informe del Comité Central”, 1987, 14)

Ese mismo informe también afirmaba que existía acuerdo entre el radicalismo, los renovadores y la UCEDE para afianzar el modelo de apertura, privatización, desregulación, atracción de capitales y capitalización de la deuda. Dicho informe, además, sostenía que la crisis se profundizaría y que tanto las cúpulas de la UCR como la del PJ se verían obligadas a desempolvar propuestas demagógicas en vistas a las elecciones de 1989. “Por lo tanto, no es posible hacerse ilusiones de que el peronismo pueda, en los marcos del sistema que propone, presentar una alternativa diferente, un tercer camino de desarrollo del capitalismo” Informe del Comité Central, 1987, 4. Por esa razón, el PCA de esos años apostó a construir alianzas electorales que fueran más representativas de la izquierda, sin descartar incorporar agrupaciones del peronismo que se sintieran defraudadas por el curso que tomaba el PJ. Sin embargo, parte de la militancia veía esta caracterización como una desviación juvenil. Acostumbrados a intentar cerrar acuerdos con el peronismo, encontraron la política del partido extremadamente trotskista. De acuerdo con el historiador Edgardo Messina (2020), esta nueva orientación llevó a que el propio Comité Central reconociera una disminución del activismo acostumbrado y educado en la construcción conjunta con el peronismo, especialmente en los sindicatos.

En el caso del MAS y el PO buscaron delimitarse del peronismo con el propósito de construir una alternativa independiente. Para el MAS la crisis al interior del peronismo era síntoma de un mismo fenómeno de agotamiento del proyecto político. No obstante, llamaban a los sectores combativos a romper con ese movimiento y sumarse al proyecto de unidad de la izquierda. Si bien hubo agrupaciones con las que lograron trabar relaciones, se trató de una política de alcance

limitado. Los extendidos prejuicios del peronismo hacia las izquierdas también obturaban esa vía de diálogo. En la visión de PO, la política del MAS constituía una variante frente populista que conducía a sostener la ilusión en partidos reformistas. La posición del PO ante el peronismo era tajante y hacía caso omiso de la adhesión afectiva que la clase obrera tenía por este movimiento (*El Partido Obrero y el peronismo*, 1983). Para el partido liderado por Altamira el trotskismo tenía la tarea de debatir a fondo con la clase obrera el carácter limitado del nacionalismo burgués. En este punto era crítico de todos los partidos de izquierda que buscaban seducir a la militancia peronista prolongando las ilusiones en ese movimiento. Hacia el final de la década el viraje liberal que anticipaba la candidatura de Menem los llevó a denunciar que la clase obrera sería defraudada, una vez más, por este movimiento.

Finalmente, el PCR fue uno de los partidos más compondores con el peronismo. En los ochenta fueron críticos de los partidos trotskistas a los que acusaba de sectarios y sobre todo del comunismo, al cual acusaba de pro-alfonsinista. El PCR, tanto en los barrios como en los sindicatos, buscó generar alianzas con el peronismo y se ilusionó con el proceso renovador al punto de apoyar en 1989 la candidatura de Menem.

Y el otro resultado importantísimo para nuestro proyecto revolucionario ha sido y es el reforzamiento de la unidad de los comunistas revolucionarios con las masas que dirige o influencia el peronismo, masas que son parte mayoritaria de la principal fuerza motriz de la revolución argentina. Quebrando cerca de treinta años de división entre comunistas y peronistas nos unimos a ellas en la lucha antigolpista y enfrentamos juntos la resistencia antidictatorial. Luego del 83 marchamos varios años por caminos separados hasta confluir en 1988 en el FREJUPO. (“El gobierno de Menem”. *Documentos del PCR*, tomo 6, 2010)

Sin embargo, en la arena sindical fue habitual encontrarlos confluyendo en las listas de oposición a la burocracia sindical peronista en un intento de superar los prejuicios mutuos.

Se debatió también sobre la justeza de la alianza programática con delegados representativos y agrupaciones dirigidas por el MAS y el PO, decisiva para la presentación de la lista Naranja. Porque había compañeros que consideraban, erróneamente, que esa alianza táctica nos iba a separar del peronismo e iba a facilitar nuestro aislamiento. Lo principal que estaba en debate en estas discusiones, era la fuerza real del clasismo en el SMATA y en el movimiento obrero. (“Resoluciones del 5º Congreso”, 1987, 122)

Esta última cita expresa que los prejuicios hacia el trotskismo no eran privativos del peronismo. El PCA (en menor medida desde el viraje del XVI Congreso) y el PCR también participaban de ellos. En la visión de estos partidos, el trotskismo era una

corriente sectaria que los aislaba del objetivo de ganar a las “masas peronistas”. Estos prejuicios también explican las dificultades de la izquierda argentina en su conjunto para pensarse como un bloque de oposición.

Los años noventa

Con el triunfo de Menem comenzó a quedar cada vez más claro que el capitalismo ya no necesitaba de las fuerzas armadas para imponer una reforma en las reglas de la acumulación capitalista. Había pasado la prueba de fuego durante la crisis hiperinflacionaria de 1989 y logrado controlar los estallidos sociales.⁹ Sin embargo, la pobreza y esos mismos estallidos no podían adjudicarse exclusivamente a maniobras del Partido Justicialista. Era la representación de un país que estaba en pleno proceso de cambio. Un país desindustrializado y con pocas perspectivas de revertir ese proceso.

Además, el Partido Justicialista aseguraba la paz social en los sindicatos para imponer el paquete de reformas económicas. Si bien es cierto que Menem había ganado con una campaña que prometía “salario” y “revolución productiva”, la agenda de las privatizaciones y otras reformas neoliberales ya estaba colocada con anterioridad a su triunfo. El PJ que se había impuesto en las parlamentarias de 1987 se parecía poco al que había sido derrotado en 1983. La conducción en manos de grupo de la llamada Renovación peronista de la cual Menem era parte buscaba adaptarse a los cambios de época y parecerse más al alfonsinismo. En los últimos años de los ochenta imprimieron un giro liberal al partido dejando atrás las evocaciones del “viejo” peronismo estatista.

Para 1989, los consensos democráticos comenzaron a quedar reducidos a una cuestión de competencia y recambio electoral. En cambio, el deseo de estabilidad económica en el contexto de la violencia hiperinflacionaria e institucional no solo favoreció el triunfo de Menem, se convirtió en sustrato mismo de la hegemonía menemista (Bonnet 2008). Fueron los consensos neoliberales los que ganaron centralidad en la opinión pública incluyendo a una parte importante de la clase obrera que sería la más golpeada por dichas políticas.

A nivel global la desintegración del bloque soviético y el consenso de Washington decretaban el “fin de la historia”. El capitalismo exigía sus medallas e

⁹ En abril de 1989 la inflación fue del 33 por ciento y apenas un mes después escaló al 78,6 por ciento. Esa situación produjo revueltas y saqueos en todo el país.

iniciaba un ciclo de expansión amasado en la reconquista del otro lado de la “cortina de hierro”. En Argentina, el consenso neoliberal se desarrolló sobre la base de una amenaza y una promesa. Así como Alfonsín había hecho un uso político de su debilidad frente al poder militar, el regreso al caos de la hiperinflación funcionó por largo tiempo como argumento extorsivo para apoyar al menemismo.

La cadena de derrotas del movimiento obrero en el marco de la ofensiva gubernamental contra el Estado afectó la moral de los trabajadores propiciando un golpe subjetivo que no había logrado ni siquiera el terrorismo de Estado. La colaboración del sindicalismo peronista con el gobierno y su propia transformación en un socio empresario dejó huérfano de representación a sectores completos de la clase trabajadora, sin que tuviera serias consecuencias para esas dirigencias. En simultaneo, el peronismo atravesó un proceso de transformación de partido sindical a partido clientelista a partir de la organización de una red de punteros municipales que manejaban fondos para solventar militancias pagas en los barrios (Levitsky 2003, 170-180). Se multiplicaron las unidades básicas y se instrumentaron una serie de mecanismos formales e informales que transformaron a los concejales en pivotes clave de una estructura controlada por los intendentes y gobernadores. Este sistema fue eficaz en la medida que ofició como un primer mecanismo para atenuar los efectos sociales de la desocupación y al mismo tiempo desactivar potenciales revueltas y conflictos por hambre. También consiguió fortalecer una red de patronazgo que exigía lealtad política. Aunque se trataba de un lazo precario en cuanto estaba sostenido en la necesidad económica, a largo plazo, permitió contener el acelerado empobrecimiento en territorios ya carenciados y alejados de los principales centros políticos del país.

Si bien el sindicalismo peronista se mantuvo aliado al gobierno de Menem, algunos sectores identificados con ideas de centro izquierda rompieron con la CGT para formar la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) y el Movimiento de los Trabajadores Argentinos (MTA) (que se mantuvo como corriente interna de la CGT) que mantuvieron durante el segundo lustro de los noventa una actitud de denuncia y oposición al menemismo. No obstante, se trataba de una disidencia todavía limitada. En última instancia, la transformación del peronismo de partido del movimiento obrero a partido clientelar era la consecuencia lógica de los cambios en el modelo de acumulación y de la desindustrialización. La red clientelar en los territorios era esencial como mecanismo de control en los barrios para evitar los estallidos sociales. Las ayudas informales y los primeros programas sociales implementados no buscaban

resolver la pobreza, sino hacerla tolerable y, de paso, asegurar el apoyo político de quienes intermediaban en esas ayudas.

Para las izquierdas el escenario era adverso y hostil. Sin embargo, también ellas se adaptaron a los cambios sociales y buscaron organizar el descontento latente. Fueron activas protagonistas de los principales conflictos obreros en contra de los despidos y las privatizaciones, participaron de los procesos de recuperación de fábricas, acompañaron las principales acciones del movimiento de derechos humanos y fueron un factor clave en la organización de las movilizaciones estudiantiles en contra de las reformas educativas. Por otro lado, como varias investigaciones señalaron la implementación de las políticas económicas neoliberales operaron un desplazamiento de los repertorios de lucha desde el ámbito de la producción al territorio. Los primeros cortes de rutas, siempre por fuera y contra el aparato peronista oficialista, constituyeron un desafío al *status quo* que no tardaría en desarrollarse en todo el país. A partir del llamado “Santagueñazo” el 16 de diciembre de 1993, se inició un período de conflictividad que alcanzó un nuevo pico en 1997 y luego en el 2001. Durante los primeros meses del gobierno de la Alianza los partidos tradicionales parecían haber encontrado una fórmula de recambio al menemismo. Sin embargo, la fuerte continuidad con el modelo de la convertibilidad diseñado por el Ministro de Economía Domingo Cavallo y el agravamiento de la situación económica agotó rápidamente las ilusiones que acompañaron el cambio de gobierno. La crisis del régimen político fue proporcional al agotamiento del modelo económico. El caluroso diciembre de 2001 sería recordado por mucho tiempo como el mes en que los piquetes y las cacerolas dijeron “la lucha es una sola”.

¿Qué quedó de nosotros? Las izquierdas se reorganizan

El impacto de los cambios sociales y culturales de época también alcanzó a una parte de la militancia de izquierda. El paradigma democrático que reemplazó a los horizontes de revolución rematado por el consenso neoliberal y las promesas de modernización económica hirieron seriamente sus idearios. La mística de la militancia revolucionaria, a contramano de la época, melló a los propios partidos que debieron enfrentar deserciones, rupturas y desaires. Fue en el PCA y el MAS donde más impacto tuvo, en cuanto la crisis general se articulaba con factores endógenos. Como hemos dicho, en el comunismo vernáculo, el inicio de las tensiones internas se remontaba al propio viraje del XVI Congreso que, si inicialmente pudo presentarse como un cambio en “unidad”, pronto comenzó a mostrar los límites de la

autoreforma. Sucesivas deserciones y fraccionamientos se fueron sucediendo hasta mediados de los años noventa. La diáspora del PCA fue grande y nutrió de cuadros a prácticamente todos los partidos políticos, de izquierda a derecha. Entre las principales formaciones que cobijaron exmilitantes comunistas se encontraba el Frente Grande (1993) y el Partido Comunista Congreso Extraordinario (1996). Con todo, el PCA consiguió sostener una estructura, disminuida, pero aun con presencia y vínculos con los movimientos sociales.

El MAS, por su parte, también atravesó un periodo de profunda sangría, aunque sus militantes no migraron hacia corrientes de centroizquierda, sino que formaron varios partidos trotskistas. Una corriente liderada por la reconocida dirigente Nora Ciapponi, en cambio, encabezó una propuesta novedosa que comenzó a entroncar con una relectura del marxismo crítica del verticalismo y de los métodos leninistas de organización. Hacia el final de la década, el autonomismo y el situacionismo había madurado en diversas agrupaciones, proponiendo una versión alternativa a los partidos de izquierda. Entre sus referentes teóricos destacaba el italiano Toni Negri y el británico John Holloway que proponían “cambiar el mundo sin tomar el poder”. La crítica al poder como objeto y objetivo de la política maduró una propuesta que resaltaba la horizontalidad y la democracia de base como fundamento mismo de una sociedad alternativa al capitalismo y a los socialismos tal como habían sido entendidos hasta el final de la experiencia soviética. En sintonía con esa línea de pensamiento, en el 2000 otro ex dirigente del MAS, Luis Zamora, fundó una nueva agrupación que en el 2001 tuvo su debut electoral, Autodeterminación y Libertad (AyL). Sin embargo, la imprecisión de los planteos, el temor a repetir el camino del MAS diluyó rápidamente la experiencia reduciéndola a una expresión electoral porteña, sin capacidad de crecer en el resto del país.

Entre los partidos trotskistas de los noventa se destaca, además del propio MAS con su fuerza muy disminuida, el Movimiento de Trabajadores Socialistas (MST), y el PTS. Todas estas formaciones tuvieron dificultades en el proceso de reorganización y heredaron cierta influencia en algunos sindicatos donde ya, previamente, el MAS había logrado inserción. Hacia finales de los años noventa eran parte de prácticamente todos los principales conflictos del país. Durante el conflictivo 1997 el PTS comenzó a levantar la consigna de Coordinadora Nacional del movimiento piquetero, asambleas populares y organizaciones obreras en lucha. En esos años los debates al interior del campo de la izquierda trotskista fueron álgidos y se delinearon en torno a qué estrategia seguir frente a los desocupados y a las primeras

empresas recuperadas. El PTS privilegió la acción militante en ese segundo frente y polemizó, sobre todo con PO, en torno de la idea de intervenir en el movimiento de desocupados.

El PO fue uno de los partidos que mejor atravesó aquellos años de crisis de las izquierdas. En primer lugar, porque era más pequeño en comparación con el PCA y el MAS. Sin embargo, considero que la explicación está en otro lado. Desde el punto de vista programático el PO había sido el que menos intentó adaptarse en los ochenta a los consensos democráticos. En el plano internacional ya anticipaba el desplome de la URSS y entendía el periodo de Gorbachov como un proceso de transición al capitalismo. De manera que los cambios suscitados en los primeros noventa confirmaban la lectura del partido.

Durante el segundo lustro, el partido comenzó a registrar un crecimiento de la mano de la intervención en conflictos que tomaron gran visibilidad. Los casos de la Editorial Atlántida y Transporte del Oeste (TDO) retomaban los repertorios de la toma de fábrica y el piquete en la puerta.¹⁰ También un giro en su línea de intervención hacia el desarrollo del territorio y en el movimiento de desocupados interpretaba el momento. Para el PO los desocupados no constituían un sujeto nuevo, marginado de la sociedad. Era la misma clase trabajadora que se había quedado sin su fuente de trabajo, pero que conservaba una tradición, una historia y una consciencia de lucha. Esa política fue exitosa y le permitió construir un frente con otras organizaciones de características masivas que forjaron la constitución de una Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados. En el año 2000 el desarrollo de ese trabajo se materializó en la formación del Polo Obrero, como rama piquetera del partido. A pesar de que el PO tampoco logró superar la posición defensiva que asumieron las luchas en los noventa, supo capitalizar el contexto que se tradujo en un crecimiento de su militancia y de su visibilidad pública.

Finalmente, el PCR fue uno de los partidos que registró mayor crecimiento propiciado por la constitución en 1994 de la Corriente Clasista y Combativa (CCC). La referencia al clasismo remitía a la experiencia histórica de René Salamanca en los años setenta, que marcaba una fuerte delimitación con la llamada “burocracia

¹⁰ A pesar de que el conflicto de Atlántida fue derrotado y no se pudo imponer la reincorporación de los 390 despedidos, es recordado en la memoria partidaria como un hito en las luchas contra el menemismo. Durante los dos meses que duró el conflicto se apelaron a todos los métodos de lucha: la huelga, la ocupación de la planta, los piquetes, los cortes de ruta, la olla popular, las campañas de boicot contra los productos de la empresa y la formación de comisiones de familiares.

sindical”. La CCC tuvo un desarrollo inicial en la provincia de Jujuy bajo el liderazgo del entonces Secretario General del Sindicato de Empleados Municipales, Carlos “perro” Santillán. A partir de 1996 comenzaron a caracterizar que el nuevo sujeto del cambio social era el desocupado. En el contexto de desocupación masiva, esta política comenzó a dar frutos en diferentes lugares del país, con un trabajo destacado en el partido de La Matanza, provincia de Buenos Aires. A partir de 1996 comenzaron a pugnar por la línea de producir un “Argentinazo”. Durante esos años se abstuvieron de la participación electoral y llamaron a votar en blanco, impugnar el voto o directamente ausentarse.

En todo ese proceso las militancias de izquierda operaron como un factor de organización que supo capitalizar parte del desencanto con el peronismo de los sectores más empobrecidos.¹¹ Les permitió crecer sobre los sectores más golpeados de la población y unir espacios que en el pasado habían permanecido separados. Las luchas entre los lugares de trabajo y los barrios quedaron unidas en una nueva geografía política que incorporaba a varones, mujeres, viejos y jóvenes en una misma ruta. En aquellos años fueron numerosos los debates al interior del marxismo (tanto en el plano de la producción teórica como de la práctica política) en torno de este “nuevo” sujeto: ¿eran trabajadores desocupados? ¿eran excluidos? ¿eran marginados? ¿era esta nueva pobreza parte de un paisaje permanente? De alguna manera el debate buscaba dilucidar si constituían un sujeto diferente a la clase trabajadora o si, en cambio, era la forma que esta asumía en el contexto de la transformación de las relaciones sociales capitalistas.

La violencia policial que se ciñó sobre ellos ponía en evidencia que su sola presencia era incómoda porque negaba el supuesto derrame y las bondades de la modernización neoliberal. Hacia finales de los años noventa los principales medios de comunicación sostenían campañas de estigmatización contra el movimiento piquetero y mostraban apoyo a la represión policial. Como respuesta se reavivaron debates que parecían parte del pasado. ¿Cómo responder a la violencia del Estado? Las caras tapadas por pañuelos o pasamontañas para evitar la identificación policial y la

¹¹ Siguiendo a Svampa (2003), es posible clasificar a las organizaciones piqueteras en tres corrientes político-ideológicas: las que inscriben su accionar en el campo nacional y popular (Federación de Tierra y Vivienda, Barrios de Pie, etc.), las vinculadas a los partidos de izquierda (Polo Obrero/Partido Obrero, Corriente Clasista y Combativa/PCR), y las organizaciones que provienen de una tradición de “izquierdas” y que plantean la autonomía respecto de los partidos y del Estado (Movimiento Teresa Rodríguez, Coordinadora Aníbal Verón, Frente Darío Santillán, etc.).

venganza en los barrios, los cordones humanos con exhibición de palos fueron algunas de las estrategias para atenuar la represión. La experiencia militante que tenían los partidos fue fundamental para aportar a ese proceso de organización. Sin embargo, esa misma exhibición reactualizaba las tensiones ya señaladas, propias de las militancias en democracia.

Desde el punto de vista generacional, en todas las organizaciones de izquierda existió un recambio motorizado por tres procesos de lucha. Las movilizaciones en el marco del movimiento de derechos humanos contra la impunidad de los represores; las del movimiento estudiantil secundario y universitario y las del movimiento piquetero en los barrios. La juventud que se incorporaba a las izquierdas partidarias seguía teniendo como referente a la generación de los sesenta y setenta. Real y simbólicamente se sentían hijos de los desaparecidos. Esa memoria nostálgica no solamente ponía rostros a un pasado revolucionario del cual se sentían continuadores, sino que también sirvió de explicación para un presente de devastación. Los desaparecidos habían sido los primeros eslabones de una cadena de reorganización capitalista que exigía el desmantelamiento del aparato productivo y de los derechos laborales. Ese presente sin futuro resignificaba a las banderas revolucionarias en manos de una nueva generación. En el fin de siglo ondeaban motorizadas por el deseo de un mundo mejor, pero sin las certezas que habían acompañado a las generaciones precedentes. El Che seguía firme en cada remera, el *rock* barrial interpretaba ese mundo de adultez precaria que los esperaba a la vuelta del *call center*. Y todo eso, sin embargo, no alcanzaba para dar “vuelta la taba”.

Consideraciones finales

Este artículo buscó restituir el lugar de las izquierdas partidarias en la historia reciente de Argentina, y resaltar algunos puntos en común que contribuyen a comprender el hilo rojo que une las experiencias de lucha de los años setenta con las de final de siglo. Hemos dicho que los dos procesos que median entre el inicio y el final del periodo son: la transición democrática y la implementación de las políticas económicas neoliberales. Ambos procesos fueron constituyentes de un nuevo pacto de dominación que canceló el ciclo revolucionario de los años setenta.

La eficacia de ese modo de dominación puede medirse en la internalización de los consensos democráticos y neoliberales entre los trabajadores que explican que la propia militancia de izquierda se haya desplazado desde el terreno del optimismo revolucionario al de la resistencia en minoría. Pero, mirado desde la orilla opuesta, la

persistente presencia de las izquierdas también da testimonio de los límites de ese mismo pacto. Los partidos de izquierda percibieron tempranamente que la reconversión capitalista sería llevada a cabo bajo una nueva estabilidad institucional garantizada por los propios partidos políticos tradicionales. Aun con limitaciones y modos de organización que comenzaron a chocar con las nuevas subjetividades propias de las generaciones que siguieron, fueron partícipes de todos los movimientos que lucharon para revertir las numerosas las injusticias. Pese a los reveses que trajeron las últimas décadas del siglo XX las izquierdas conservaron la ilusión en que era posible un nuevo “ascenso de masas”. Lejos del “fin de la historia” se propusieron cambiarla, contra viento y marea. Verificar que la realidad es transformable y que la lucha es nuestra manera de existir; como decía el poeta Pablo Neruda, que “podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera”.

Bibliografía

- Bonnet, Alberto. 2008. *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires: Prometeo.
- Bona, Victoria. 2021. “Ferifiestas” como binóculo de la reconversión del Partido Comunista de la Argentina en la posdictadura”. *Reflexiones*, 100, (2). <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=72967099001>
- Camarero, Hernán y Mangiantini, Martín. 2024. *El trotskismo en la Argentina: estudios para una historia política, social y cultural*. Buenos Aires: Prometeo.
- Casola, Natalia. 2015. *El PC argentino y la dictadura militar*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- _____. 2020. “Cuando se quebró el muro. Algunas notas acerca de la crisis en el Partido Comunista argentino durante los años 1980”. *Izquierdas* 49, <http://dx.doi.org/10.4067/s0718-50492020000100289>
- Fernández Hellmund, Paula. 2015. *Nicaragua debe sobrevivir. La solidaridad de la militancia comunista argentina con la Revolución Sandinista (1979-1990)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Lesgart, Cecilia. 2003. *Los usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Levitsky, Steven. 2003. *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Liszt, Gabriela. 2006. "Historia y balance del MAS Argentino - Parte I", *Lucha de Clases* 6, 189-212. <https://ceip.org.ar/Historia-y-balance-del-MAS-Argentino-Parte-I>
- Mangiantini, Martín., Nayla Pis Diez, & Sergio Friedemann. 2021. "Diálogo sobre el concepto de 'nueva izquierda' en la historiografía argentina". *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* (18), 167-190. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n18.302>
- Messina, Edgardo. 2020. "Política sindical del Partido Comunista Argentino en la década de 1980 y sus cambios tras el XVI Congreso". Tesis de Maestría en Historia Contemporánea, UNGS.
- Molinero, Leandro. 2024. "El movimiento obrero entre el ocaso de la última dictadura y los primeros años del orden democrático. Conflictividad laboral, organizaciones de base e izquierdas en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1982-1992)". Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.
- Osuna, Florencia. 2015. *De la "Revolución socialista" a la "Revolución democrática". Las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura (1976-1983)*. Universidad Nacional de La Plata; Universidad Nacional de General Sarmiento; Universidad Nacional de Misiones.
- Pozzi, Pablo. 2020. *¡Usted es comunista! Clase, cultura y política en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.
- Rupar, Brenda. 2023. *Los "chinos". La conformación del maoísmo en Argentina (1965-1974)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastian. 2003. *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.

Fuentes

- Altamira, Jorge. 1989. *La estrategia de la izquierda en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Prensa Obrera.
- "Allá vamos Nicaragua", *Aquí y ahora la juventud*. Recuperado del archivo policial de la ex-DIPBA, Mesa A, Legajo 5, Folio 193.
- "Detienen a Gregorio Flores - Catalina Guagnini - Anibal Rieznik 1989". Archivo DiFilm: <https://www.youtube.com/watch?v=It3AIXmWio>

- “Después de la batalla”, *La Prensa*, 5 de febrero de 1989.
- Documentos del 4° Congreso del PCR*, abril de 1984.
- Documentos del 5° Congreso*, 29, 30 y 31 de mayo de 1987.
- “El gobierno de Menem”, 11 de noviembre de 2010. *Documentos del PCR / tomo 6*.
<https://pcr.org.ar/nota/el-gobierno-de-menem/>
- El Partido Obrero y el peronismo*. Buenos Aires: Ediciones Prensa Obrera, 1983.
- “La movilización por la libertad de Seineldín”, *Hoy*, 892, 29 de diciembre de 2010.
- Informe del Comité Central del Partido Comunista*, 1987.
- Moreno, Nahuel. 1983. *Argentina: una revolución democrática triunfante*. Informe presentado al CEI de la LIT-CI en el mes de marzo.
- Resoluciones de la Conferencia Nacional del Partido Obrero*, diciembre de 1983.
- Resoluciones del 5° Congreso del PCR*, 29, 30 y 31 de mayo de 1987, Córdoba.
- Solidaridad Socialista*, mayo 1984.
- Solidaridad Socialista*, 24 de abril de 1987.
- “1989: Alfonsín ordena la detención de la dirección del Partido Obrero”, *Prensa Obrera*, 1078, 9 de abril de 2009.